

Océanos a la deriva

ES NECESARIO IMPLEMENTAR UNA NUEVA FORMA DE ADMINISTRAR EL RECURSO COMÚN MÁS IMPORTANTE DEL PLANETA.

EDICIÓN IMPRESA

En 1968, el ecologista estadounidense Garrett Hardin publicó un artículo titulado "La tragedia de los comunes", en el que argumentaba que cuando un recurso es compartido, el interés personal termina destruyéndolo. En otras palabras, las personas tienden a socavar su interés colectivo de largo plazo al sobreexplotar un recurso, en lugar de protegerlo.

Esa tragedia está comenzando a manifestarse, causando un serio daño a un recurso que cubre casi la mitad de la superficie de la Tierra.

La alta mar —la extensión de los océanos más allá de las 200 millas de explotación exclusiva de los países— es un recurso común y la pesca está abierta a todos. Estas zonas revisten una gran importancia económica para todos, pues los recursos pelágicos son una fuente de proteínas más rica que la carne vacuna. El número de patentes que utilizan el ADN de las criaturas marinas está disparándose y un estudio señala que la vida marina tiene cien veces más probabilidades de contener material útil para elaborar medicinas contra el cáncer que la vida terrestre.

Pese a ello, el estado de los océanos está en deterioro. El hielo del Ártico se derrite en verano, las zonas muertas aumentan y dos tercios del volumen disponible de peces en alta mar están siendo sobreexplotados, proporción que es aún mayor en las partes bajo control nacional.

Además, están ocurriendo cosas extrañas al nivel microbiológico. Los océanos producen la mitad del oxígeno del planeta, principalmente gracias a la clorofila de las algas, pero la concentración de ese componente está cayendo. Ello no significa que la vida se sofocará, pero podría aumentar el daño sobre el clima, pues menos oxígeno significa más dióxido de carbono.

Para evitar las tragedias de los comunes, se necesita que las regulaciones y las instituciones equilibren los intereses de corto plazo de los individuos con los intereses de largo plazo de todos los usuarios. Esa es la razón por

la cual las políticas disfuncionales que gobiernan los océanos requieren una reforma radical.

Pérdida neta

La primera meta deben ser los subsidios de pesca. Los pescadores han tenido éxito en persuadir a sus gobiernos para que gasten el dinero de otros en subsidiar un sector que pierde miles de millones de dólares y causa un grave daño ambiental. Los países ricos entregan a gente que agota los océanos US\$ 35,000 millones anuales en combustible barato, seguros, etc., suma que supera en un tercio al valor de la pesca. Esto debe terminar.

En segundo lugar, debe existir un registro global de las embarcaciones pesqueras, que están exen-

"La octava parte de la tierra goza de protección legal, pero menos del 1% de alta mar posee un estatus similar".

tas de un esquema internacional que exige a los navíos de pasajeros y de carga llevar un número de identificación. En diciembre pasado, los países marítimos levantaron esa excepción, pero dependerá de cada uno hacer efectiva la nueva medida. Los gobiernos deberían hacerla obligatoria, con lo cual crearían un registro global que ayudaría a acabar con la pesca ilegal en alta mar.

Tercero, deben aumentarse las reservas marinas. La octava parte de la tierra goza de protección legal, pero menos del 1% de alta mar posee un estatus similar. En años recientes, los países han comenzado a establecer áreas marinas protegidas en sus zonas económicas y las agencias que regulan la pesca en alta mar deben copiar la idea, otorgando algo de espacio para la recuperación de las poblaciones de peces y del medio ambiente.

Pero no será suficiente con reformar políticas específicas, pues también se necesita mejorar el sistema de gobierno. Existe el De-



Los países ricos entregan a gente que agota los océanos US\$ 35,000 mls. anuales en combustible barato, seguros, etc., suma que supera en un tercio al valor de la pesca.

recho del Mar, una normativa básica que ha sido suscrita por la mayoría de países —Estados Unidos, para su descrédito, no lo ha hecho—, pero no contiene mecanismos que hagan cumplir sus disposiciones.

En lugar de ello, han surgido decenas de agencias que regulan actividades particulares tales como transporte, pesca y minería, o partes específicas de los océanos, cuyas funciones se superponen o generan conflictos, aparte que quie-

"Los océanos son tan vastos y distantes que la gente se comporta como si ellos no pudieran ser protegidos o no necesitasen protección".

nes no son firmantes de los acuerdos violan las reglas con impunidad. Y nadie se ocupa de los océanos como un todo.

De allí la necesidad de crear una Organización Mundial de los Océanos dentro de las Naciones Unidas, pues si este organismo no es capaz de promover el interés colectivo sobre el interés individual de sus miembros, ¿entonces para qué sirve? Dicha entidad tendría el trabajo de simplificar y agilizar la impenetrable maraña institucional que hoy gobierna los mares. En vista que tomó 30 años negociar el Derecho del Mar, ponerse de acuerdo en torno a una agencia global probablemente demoraría más.

Pero los océanos necesitan ayuda ahora, de modo que la normativa básica existente debe reforzarse. Si bien el Derecho del Mar es un logro positivo sin el cual los océanos estarían en peor estado, fue negociado en la década de 1970, antes del advenimiento de las preocupaciones medioambientales, así que contiene poco sobre biodiversidad. Y las agencias pesqueras regionales, dominadas por intereses particulares, deben ser reestructuradas para permitir la participación de científicos y organizaciones benéficas. Tal como el sistema funciona hoy, los tiburones están a cargo de la piscigranja.

Esto no resolvería todos los problemas, pues dos de los mayores, la acidificación y la contaminación, emanan de la tierra. Además, mucho del daño se produce dentro de las 200 millas. Pero una reforma institucional para alta mar reduciría la sobrepesca y cambiaría actitudes.

Los océanos son tan vastos y distantes que la gente se comporta como si ellos no pudieran ser protegidos o no necesitasen protección. La humanidad los ha dañado aunque puede revertir ese deterioro, pero si no lo hace, un enorme problema se gestará debajo de las olas.

Traducido para Gestión por Antonio Yanz Martínez
© The Economist Newspaper Ltd.
London, 2014